



CORREO DEL MAESTRO

EDICIONES DEL MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

1.

EL SALVADOR, A. C.

Nos. 1-2



PENSAMIENTOS

●

Debemos fomentar la lectura como se fomenta la agricultura.

José Ingenieros.

○

No hay gusto como el de ahogar una cólera, callar un apelativo o suavizar una contestación.

Juan Montalvo.

○

El hombre es todavía una larva en relación con sus posibilidades.

Waldo Frank.

○

Alfabetizar es conquistar la máxima amplitud del mundo.

Alberto Masferrer.

○

La grande, la suprema victoria es la que alcanzamos sobre nosotros mismos.

Juan Montalvo.

○

Cada hombre debiera ser su propio leader.

Henry Ford.

○

La vida no nos dá sus mieles sino con cierto ritmo y en cierta proporción.

Porfirio Barba-Jacob.

○

Piensa en tus semejantes, no con los defectos que a tu juicio tienen, sino con las virtudes que a tu juicio les falta. Seguramente que los ayudarás mejor.

José M. Olivares.

○

Se humilde, si quieres alcanzar la Sabiduría. Se más humilde aún, cuando de la Sabiduría seas dueño. Sé a manera del océano, que recibe todos los ríos y torrentes. La poderosa calma del mar permanece inalterable, sin sentirlos.

H D R

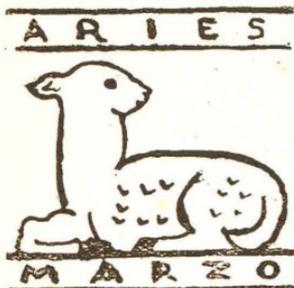


AMATL

CORREO DEL MAESTRO

EDICIONES DEL MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

SE PUBLICA DOS VECES AL MES — DIRIGE: SALARRUE.



EL SALVADOR

CENTRO AMERICA

1939

VOL. I

Nos. 1-2

IMP. G. A. F. UNES

SUMARIO

- 1—"Un buen título y un buen símbolo para estas ediciones".
- 2—"AMATL", que es, que se propone".
- 3—"Conjeturas en la penumbra". Por Salarrué. (Conferencia leída por su autor en la Escuela Normal de Maestros, al finalizar el año 1938).
- 4—"El educador frente al psicoanálisis". Por Lorenzo Vives B. (Nota introductiva de Salarrué.)
- 5—"Sigmund Freud".

UN BUEN TITULO Y UN BUEN SIMBOLO PARA ESTAS EDICIONES

Después de reflexionarlo cuidadosamente, hemos escogido como título de esta revista la palabra «AMATL» la cual reúne las mejores condiciones para sintetizar a la vez en un nombre y en un símbolo los buenos propósitos a que se destina.

«AMATL» (y ello no es novedad entre quienes se dedican a la enseñanza) es el nombre indígena que corresponde al hispanismo «amate», la ficacea de la cual nuestros antepasados nahuas sacaban el papel aprovechando

do la pulpa de la corteza o raíz del árbol, por un procedimiento de maceración. De este papel hacían sus libros, habiendo llegado a ser la palabra *amatl* sinónimo de libro.

Ya exprese la palabra, libro o papel, en ambos casos su significado nos sirve al caso, pues es bien sabido que, en general, el papel o el libro son grandes factores de civilización y de cultura.

También en su calidad de simple árbol el *amate* adquiere suma importancia, si tomamos en cuenta que *Cuscaflán* abunda a tal punto en ellos, que bien podría haberse escogido el *amate* como el árbol nacional.

Como símbolo el *amate* es casi insustituible: un árbol fuerte y cobijador como un buen libro. Varias veces hemos pensado que el *amate* reúne las condiciones providenciales para ser, por su amabilidad característica, la escuela rural al aire libre de un pueblo pobre. El *amate* es la cúpula esmeraldina, el humilde palacio que Dios ha dado al campesino pobre y al caminante.

Y como, además de un título para nuestras ediciones precisábamos un símbolo, un comprimido de ideales para marcar cada uno de nuestros pasos aventuretos en la senda escogida, el *amate* mismo nos da con creces dicho símbolo por intermedio de su fruto y de su flor.

¿Quién que haya conocido a fondo la tierra de *Cuscaflán* y sus secretos puede haber pasado por alto la leyenda de la flor del *amate*? Dicen los indios que la flor del *amate* sólo puede ser vista por los ciegos. Y esto ya es mucho decir, si recordamos que *amate* y libro es una sola cosa. La flor, en ambos, sólo se advierte cuando se mira con los

ojos cerrados, es decir: cuando se mira hacia adentro, introspectivamente, cuando se medita.

Pero la verdad botánica, la verdad positiva es precisamente la que nos ofrece el magnífico símbolo: la flor del amate no se ve a simple vista porque está dentro del fruto. Si abrimos el higo del amate violentándolo un poco veremos cómo aquella fruta es por dentro una flor.

«DENTRO DEL FRUTO LA FLOR»; he aquí nuestro lema, el símbolo felizmente encontrado en la planta cuyo nombre, (por otras razones ya expresadas), sirve de título a la revista. «DENTRO DEL FRUTO LA FLOR», que queremos sea entendido en el sentido de que en toda obra humana debe a la vez haber utilidad práctica y belleza aunadas sin separación posible.



No se encuentra
la página número 4,
en la fuente original.

«AMATL», QUE ES, QUE SE PROPONE

«AMATL» ha de ser, antes que todo una revista de Educación. Se ha tenido en mira al fundarla, establecer, para beneficio de los Profesores y Maestros y para sus educandos, un centro de difusión que mantenga abiertas las fuentes de todo aquello que de manera muy especial estimule la intuición—la más elevada cualidad de la conciencia humana,— tan poco activa en el término medio de los educadores actuales.

Refrescar la mentalidad y fortalecer el corazón del maestro será su más ardiente propósito, así Dios nos preste clarividencia y fino en nuestras selecciones. La Escuela necesita urgentemente maestros de gran vitalidad espiritual, y en consecuencia queremos fomentar —por medio de la lectura del pensamiento claro, sereno y altruista de variados autores cuidadosamente escogidos,— el sentido altamente humano de la vida como tal, haciendo comprender a los educadores la indispensable necesidad de mantenerse encendidos en un anhelo de constante mejoramiento individual y colectivo. Queremos que el maestro no deje nunca de ser un estudiante; que procure a más de enseñar: educar, y que mientras lo hace trate también de continuar la construcción de su propio carácter para beneficio propio y de los niños y jóvenes que habrá de guiar.

De acuerdo con los anteriores propósitos, «AMATL» por fuerza habrá de tener la amplitud y agilidad propias

AMATL —5

de una tribuna y en sus páginas habrán de captarse las vibraciones de una visión integral de la cultura.

Para el mejor logro del fruto ambicionado esperamos contar con la simpatía y comprensión de los maestros en general, como tenemos ya la aprobación completa y el apoyo moral y económico indispensable de parte del Ministerio de Instrucción Pública, con la confianza y libertad que implica tal apoyo.

«AMATL» habrá de ser una publicación bimensual destinada a circular principalmente entre elementos ocupados en la enseñanza, tanto oficial como particular. Será, prácticamente, «El Correo del Maestro», visitando dos veces por mes la casa sagrada de la Escuela, hasta los más apartados rincones del ferruño. Con las ediciones de un año se constituirá un volumen completo. El formato escogido en las ediciones «AMATL» reúne todas las cualidades indispensables para que la publicación pueda ser cómoda de leer y fácil de coleccionar. Puede darse a cada volumen —por medio de una inteligente encuadernación— la confextura de un libro de buen tamaño.

La presente edición es doble y comprende todo el mes de Marzo, habiéndose resumido en un sólo formato los números 1 y 2, pero en lo sucesivo aparecerá «AMATL» en ediciones quincenales de 36 páginas o poco más, salvo que por razones imprevistas se haga necesario resumir en una edición las dos quincenas como en el caso presente.

CONJETURAS EN LA PENUMBRA (DECADENCIA DE LA SANTIDAD)

POR SALARRUE

(Conferencia leída por su autor en la Escuela Normal de Maestros al final del último año escolar.)



DE LOS SANTOS Y DE LOS JUSTOS

Los santos, los pobres santos, no pueden ser ya el ideal de los hombres nobles. La vida triunfa una vez más sobre escuelas y órdenes. Los santos no fueron todo lo buenos que debieron ser, porque creyeron en el pecado, arrojaron todos los pecados, uno por uno, y el alma ya sin lastre se elevó, se elevó por encima del mundo que necesitaba de ellos y del cual necesitaban para mejorar armoniosamente. Pobres santos, fueron débiles para luchar por el mundo, no supieron forjar virtudes con el pecado, trocar, transmutar. Siguieron al pie de la letra el misterioso mandato: «Si el ojo te escandaliza, sácalo; si la mano te escandaliza, córtala», y pasaron mancos y ciegos al cielo, al cielo ensoñado que se prometiera a los mansos.

Pero, un instante, éstos no son todos, éstos no son los santos que, para su fortuna, no supieron qué quería decir santo: son los santos que siguieron una carrera, que

A M A T L—7

hicieron profesión, los santos convencionalizados, los que se amoldaron a una idea preconcebida de santidad. Tal vez sean anónimos, pero el mundo ha estado y está lleno de ellos. Entre los santos de renombre algunos hay que son y otros que no, y para que los que no son tengan regocijo, para que se les haga justicia, pido revisión cuidadosa y que se distinga a los que resplandecen como la seda de los que resplandecen como la espada. Estos últimos, que no otros, son los que el mundo ha necesitado y necesita.

Cuando decimos en nuestra jerga casera, que tal o cual persona *es un santo*. ¿qué queremos significar? De diez veces nueve, que es un buenísimo individuo, un pobre ser incapaz de causar un daño a nadie, un alma de Dios, uno que nació bueno como pudo haber nacido tuerto o jorobado.

Esto prueba que la santidad innata o profesional, sea como fuere que aparece, no es tenida en la alta estima que la razón pide para ella. O prueba que llamamos santo a alguien que no lo es, o que cuando lo es no debiera llamársele del mismo modo, para deslindar con claridad. Más razonable sería clasificar a los seres que aparecen dentro de la esfera de santidad, en santos de bondad (los negativos) y santos de justicia (los positivos) y entonces llamar a los primeros: «santos» a secas y a los segundos: «justos», también a secas.

Acaso nada haya contribuido tanto a desvirtuar la santidad como la concepción imaginal católica con sus efigies de santos acongojados, adoloridos, de caras enfermas y lloronas, de manos mendicantes, faltas de vigor, los afeminados santos de camarín, que sólo son amados por las mujeres gracias a que todas ellas son madres en el fondo. Están los pobrecitos tan desvalidos, tan acongojados, tan adoloridos en sus trazas que provocan

sin esfuerzo el influjo de aquellos corazones maternos. Cuántos de ellos, sin embargo, que para ventura del mundo tuvieron alma de acero, son presentados a sus adoradores en imágenes tan pobres de concepción, que cuando por casualidad revelan un vislumbre de alma, el alma es un alma de caramelo.

No estoy burlándome, que no sé burlarme, señalo un fenómeno que me parece muy significativo cuando se trata de encontrar las razones que han provocado la decadencia de la santidad.

El concepto *social* de la santidad nace de la Ética. No tienen cabida en él ni la Estética ni la Lógica. La virtud ética es toda la virtud, al grado de que un *virtuoso* del Arte está muy lejos de ser un *verdadero* virtuoso, hay que subrayar el vocablo para distinguir que se trata de una concesión de la Ética para los afiliados de su hermana la Estética.

Así, en la virtud, la Verdad y la Belleza huelgan. Se espera de un niño, de una niña o de una mujer y raras veces de un hombre que *adquiera* todas las virtudes catalogadas como indispensables en el camino de la santidad:

El ideal social, (mejor sería decir burguez), de la santidad, podría concretarse en el vocablo «serafismo». El «serafismo» traba su lucha por la conquista de las cualidades angélicas en detrimento de las humanas: sean éstas de buena o de mala índole. El franciscanismo enmarca el *sumun* de la santidad tal como se concibe. Cuando amamos a los seres todos y pensamos que son nuestros hermanos todo está muy bien, pero cuando los seres todos responden en igual forma y el lobo nos tiende la pata o nos encontramos, al orar, suspendidos en el espacio en santa levitación, ya las cosas dejan el

cauce de lo normal y corremos el peligro de salirnos del mundo terreno que nos necesita y del cual necesitamos.

El santo seráfico es un ser del mundo angélico, inspirado desde lo alto por una luz que lo inunda y que lo mueve. Su cuerpo está quemado de broza y escoria, es leve como la brisa y tiene los ojos entornados hacia arriba en extática contemplación de su cielo, de su patria, a donde anhela volver y a donde volverá pronto a lavarse la pena y la nostalgia al són de las innumerables liras.

Por lo contrario, el santo moderno, el santo desconocido, el «justo», es un hombre corriente en quien un dios ha penetrado para convivir. Si este hombre alza la vista para contemplarle, el dios lo apremia diciéndole: «¡Vaya, vaya, no te fijes en mí, sigue siendo quien eres, vive tu vida que aquí estoy yo para regular tus pensamientos, sentimientos y actos, mejor que lo hacía antes desde arriba!»

No hombres angelizados, sino ángeles humanizados, necesita el mundo; porque a los primeros, la levitación los devuelve al mundo a que pertenecen. La consigna no es ya aspirar hacia arriba sino aspirar hacia abajo. Y aquí vemos la efigie del hombre dual eterno, con su yo inferior y su yo superior, con lo animal, que sube y lo divino que desciende. La escala de Jacob donde subían hombres y bajaban ángeles. Dentro de nuestra desconcertante dualidad ha terminado el deporte de subir y empieza el de bajar, distinguiéndose sin esfuerzo entre los más avanzados, los santos de globito de los de paracaída. La santidad negativa, la santidad femenina cede el puesto a la positiva, masculina, haciéndose recordar, en buena hora que el término «virtud» está íntimamente relacionado con el término «viril», indicando fuerza, vigor, temple, decisión, valor. También la virtud de la santidad en boga implica todas las virtudes:

de Ética, de Estética y de Lógica, y así, los nuevos santos amarán tanto la Bondad como la Verdad y la Belleza y por lo mismo habrán de ser, a más de comprensivos, justos y sencillos en la Lógica y artistas en la Belleza.

En otras palabras la santidad positiva consiste en dar la cara al Mal y no al Bien. Cuando se ha comprendido el propósito de la vida se llega a estar en condiciones de dar la cara a Satán, porque quien sabe, quien tiene certidumbre de que Dios guarda sus espaldas, no flaquea.

Naturalmente, la actitud misma de volver la cara al Mal es una actitud de lucha, de coraje, de desafío e incontinenti aparece en la mano dispuesta a la acción el signo de la espada; «In hoc signo vinces». Los santos que dan la cara a Dios por fuerza tendrán la propia suya llena de luz, la expresión arrobada, la mirada tierna, las manos juntas y elevadas con un lirio entre ellas como signo de oblación. Es muy hermoso, pero lo que importa es el mundo; hay que salvar al mundo olvidándose de la propia salvación, la cual se dé acaso por añadidura, y si nó ¿qué importa? No es heroísmo ni es sacrificio, ni es martirio, es simplemente comprensión y acuerdo con la armonía universal y el propósito de la existencia desde el jovial sentido deportivo, olímpico, que hará la obra grata si es que vivir y obrar son la misma cosa.

Por lo consiguiente, hombres de buena voluntad son los santos del día, los que habiendo en ellos la gloria, miran, no hacia ella sino desde ella, siguiendo con los suyos la mirada de los ojos divinos; mirando hacia donde Dios mira y haciéndose de su lado, de su hueste: decididos a servirle en vez de adorarle. Soldados de Dios con la cara en sombras, ciertamente: pero por ello

A M A T L—11

mismo sin peligro de ser ofuscados, puesto que la única luz existente les viene sobre el hombro y es el Bien iluminando el mal oscuro.

Guerra es la existencia manifestada y quien pide paz en ella no sabe lo que dice. Sólo Dios es paz y sólo están en paz aquellos guerreros que en medio del combate llevan a Dios en su corazón. Por la paz se combate, por poner paz en el corazón de la guerra, en el alma de la lucha. La paradoja es una vez más la verdad. Sólo puede haber paz en aquello que es absoluto. Donde quiera que existe la manifestación existe también lo relativo con sus pares de opuestos en lucha incontenible: malos y buenos; positivos y negativos; masculinos y femeninos que hacen el ritmo, la vibración, el contraste y la generación progresiva del Universo manifestado y evolucionante.

Guerra, pues, es vida y si hemos de vivir hemos de luchar y quien no luche será aniquilado.

El santo que cree que es santo ya no es santo. El virtuoso que cree que es virtuoso ya no es virtuoso. La verdadera santidad entra con el despliegue, (en el justo sentido) de la energía vital de todos los planos. En este despliegue, que es fluida corriente de energía, no queda tiempo para la apreciación y los galardones, de lo contrario hay un estancamiento, un paro del caudal que en su desmayo refleja la divinidad tomándola como propia. Hay una cristalización del poder creador que produce la muerte.

DEL BIEN Y

DEL MAL

En ponerse en armonía con la naturaleza no hay adquisición sino inteligencia y comprensión. La virtud

12—A M A T L

no está a la venta ni a la conquista, no es sino la consecuencia insospechada de una inteligente actitud ante la vida. El bueno es bueno sin querer serlo. No fué él a ponerse en el Bien, sino el Bien vino a ponerse en él. Aquello que puede adquirirse puede también perderse. El Bien tiene al hombre y no el hombre al Bien. Y lo mismo, por supuesto, puede decirse del Mal en beneplácito del Hombre, que nunca es en sí malo sino que el Mal lo tiene. Si él hubiera adquirido el Mal podría de golpe soltarlo librándose de él y bien sabemos que no es así: ¡cuántos se retuercen en poder del Mal, cargados de vicios y maldades sin lograr librase! Aquellos a quienes el Bien ha logrado tener, son lanzados contra el Mal para libertar a aquellos que el Mal tiene y utiliza. No podemos en términos terrestres, racionalistas, materialistas y anti imaginativos, concebir gráficamente lo que en realidad, en un campo de más de tres dimensiones está sucediendo a los seres de la Creación, empeñados en una guerra eterna, combatida a medio espacio entre el Antro y la Gloria; entre la sima y la cima, por huestes angélicas armadas con espadas centellantes y huestes satánicas armadas con tridentes al rojo. ¡Guerra, guerra, guerra!...; campo de batalla máximo, digno del lápiz de Doré, donde innumerables jerarquías del Bien y del Mal se empeñan en cósmico combate, pero que acaso a los ojos de un dios, de los innumerables dioses galáxicos, aparezca como aparece a un hombre meditativo la pequeña lucha entre un rayo de sol penetrando por un agujero del techo, contra la sombra de un cuarto cerrado.

La consigna moderna no es ya el «haceos virtuosos» sino el «haceos inteligentes»; no es el «tener fe, esperanza y caridad» sino el «comprender, tener certidumbre y justicia». Buen comprendedor hace buen justo.

A M A T L—13

¿Quién es más bueno entre los buenos: el bueno que está lleno de piedad para todos los seres o el bueno que está lleno de justicia? La piedad es hermosa porque es la más alta cualidad humana, la primera grada de oro hacia la gloria, pero la justicia es mayor porque es una cualidad divina. El bueno piadoso es como el gallo tuerto que sólo ve de un lado, del lado del bien. El bueno justo, ve claro cuando hay que repartir una caricia o un mandoble, por el bien mismo.

Pero será bueno entender que el hombre justo nunca es violento. La comprensión y la violencia no congenian. La violencia ofusca, enceguece y es siempre madre de la injusticia. La justicia no se venga ni castiga nunca aunque por su acción a veces el Mal, herido en lo vivo por la espada de luz, trate de engañar al hombre haciéndole creer que el herido es él.

Nada llenó mi vida tanto de complacencia como cuando advertí que el Mal no era malo, que no era sino el aspecto pasivo, tozudo, del Bien integral. Nada me aligeró tanto las espaldas del alma como la comprensión de que lo único que aspira en la existencia es el Mal; de que el Mal crece y crece de la sombra abismada, buscando inconscientemente la luz altísima, para entregarse pasiva y femeninamente y ser poseído y fructificado. La oposición que el Mal desarrolla es resultado de su propia dificultad en asimilar el Bien. Es la oposición de la sombra tenebrosa que rechaza y ahoga la luz que desciende y que jadea en la iluminación de tan irresponsivo medio.

El Mal pues, podría, visto de cierto modo, llevarse los lauros del esfuerzo, porque es más esfuerzo, subir que descender, empinarse que sumergirse. Sólo Dios mismo es capaz de semejante esfuerzo y por eso en el Mal vemos patente la presencia de Dios recreándose a sí

mismo por misterioso motivo que nadie osaría comprender desde el punto de vista humano, pero que a la intuición parece evidente, aunque no basten las palabras a expresarlo ni los signos a comprimirlo, acertando cuando mucho a grabarlo en monogramas de dudoso poder, como aquel de la cósmica serpiente mordiéndose la cola.

¿Que es blasfemia ver a Dios en el Mal? No, es que no hay Mal en la concepción vulgar del mismo. Se trata de ver a todos lados, por encima y por debajo, en derechos y reverses, en anversos y reversos, en lo blanco como en lo negro, en la luz como en la sombra a Dios: Dios en todas partes; la vida entera llena de Dios; Dios en plenitud de existencia, llenándolo todo, siéndolo todo, creándolo y destruyéndolo todo; Dios, el único posible Ser, del que las cosas y los seres todos no son sino aspectos, aunque por milagroso modo seamos también la totalidad en la médula, puesto que Dios —como reza el aforismo—: «es una esfera cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna». Otra paradoja: otra posible verdad.

Oigamos de paso a San Agustín que dice: «¿Y cómo he de invocar a mi Dios y Señor? Llamándole para que venga a mí, esté dentro de mí mismo. Pues ¿qué lugar hay en mí a donde pueda venir y estar mi Dios? ¿Por ventura hay en mí alguna cosa donde podáis caber Vos? ¿Acaso cabéis en los Cielos y la Tierra que Vos hicísteis, y en que me criásteis? ¿O es mejor el decir que estáis en todo lo que tiene ser, por cuanto ninguna cosa pudiera existir sin Vos? Pues si yo también existo y tengo ser, ¿para que os suplico que vengáis a mí, no pudiendo yo existir y tener ser, si no estuviérais ya en mí? En todas partes estáis, y aún en el interior, donde yo no estoy, pues como dice David:

A M A T L—15



«aunque bajara al infierno, allí os hallara también», Así los vasos que están llenos de Vos, no son ellos los que os contienen, haciéndoos allí estable y permanente; pues aunque ellos se rompan, Vos no os derramaréis.»

DEL ANGEL Y DEL DIABLO

Así las cosas, el estado *humano* es un doble estado geminal, el Géminis del zodiaco donde hay en uno, dos seres: un primer ser lumínico y un segundo ser sombrío, unidos mágicamente por un tercer aspecto o ser nacido del injerto: el Hombre, el *ser humano* que los ata como el cinto de floridas grecas que ata las dos cabezas en los reyes de la baraja moderna.

Y aquí tenemos al hombre, donde en un haz se juntan un demonio que aspira y un ángel que se derrumba. Y nos quedamos perplejos al tratar de discernir cuál de los dos merece nuestra alabanza y cuál nuestro reproche, o si ambos comparten mitad y mitad una y otra consideración; puesto que el demonio, siendo demonio es un exaltado y puesto que el ángel a pesar de ser un ángel es un caído.

Pero no, no es un caído, *es un inclinado*: es el «justo» que siempre mira al fondo para ver de ayudar a los que aspiran; es un descendente voluntario y no un derrumbado; y aquí está el «quid» de la cosa, que hace prevalecer en el hombre el concepto del Bien contra el del Mal: porque el Bien es consciente y voluntario dentro del Mal, mientras que el Mal es inconsciente e instintivo dentro del Bien. La corriente de la vida, por lo tanto tiene una dirección. La naturaleza entera, a pesar de esa amalgama, de ese tejido inconsútil de sus dos más

amplios aspectos, sigue la dirección del Bien. El Bien gana la batalla en retirada estratégica, atrayendo al Mal a sus dominios para una vez dentro de ellos, destruirlo, absorberlo todo, asimilarlo. Es así como en los deltas de los grandes ríos, cuando durante la alta marea, las ondas saladas van a encontrar a las dulces muy arriba dentro del cauce, sólo para retirarse poco a poco, ceder terreno y volver al mar: donde, una vez victorioso el río conquistador, resulta que ya no hay sino ondas saladas y ondas saladas hasta el horizonte y más allá. Y lo mismo que el río un día se da cuenta de que soñaba que lo era, siendo en verdad el mar *único*, con el cual se identifica, así el mal se da cuenta un día de que soñaba que era mal al regresar al Bien *único*, con el cual se identifica gloriosamente.

Para quien vea las cosas en la forma en que yo las estoy viendo, el aspecto de la *lucha* sufre enormes modificaciones. Como en la mayoría de los individuos anida aún la violencia, un buen número de aquellos que ésto lean con atención y curiosidad, pensará que estoy predicando una actitud ante la vida que ellos califican de «justiciera», una actitud muy corriente entre aquellos que suelen ser fuertes y valientes y se erigen en jueces del mundo entero, armados de látigo, por lo general viendo a cada paso «la paja en el ojo ajeno.»

No, luchar no es sólo arremeter contra alguien o algo. Mi concepto de lucha es mucho más sutil que todo eso, mucho más profundo aunque menos vistoso. Mi lucha es a veces un esfuerzo por guardar el equilibrio, o un esfuerzo deportivo de previsión, de sugerencia, el esquemático despliegue de las fuerzas de la resolución y del carácter. Odio la violencia, creo en la espada de luz, no en la de acero que corta, ni siquiera en la de fuego que quema: en la de luz que aclara. Esta es el

A M A T L—17

arma que debiéramos usar en los combates de paz. Y en los de guerra el escudo, el escudo circular, sin filo, cuyo poder es resistencia tenaz e invencible; defensa inconquistable que agota las fuerzas del Mal y le rinde jadeante. El «escudo»: he allí el arma de batalla sobre la Tierra. La exaltación del escudo, que no otra cosa ha sido la incipiente guerra de resistencia emprendida no ha mucho en la India por el Mahatma Gandhi: desobediencia y aguante hasta causar la desesperación del enemigo.

DEL AMOR Y DEL QUERER

Cabe, antes que todo, depurar algunos de los conceptos filosóficos sociales, através de cuya cristalería, la idea de la santidad activa parecería monstruosa. Entre estos conceptos los hay de carácter trascendentalísimo por lo esenciales, por lo básicos en la construcción de una ética más en consonancia con *el espíritu* del Hombre.

El primero de estos conceptos se encierra en el vocablo: «amor». Tal vocablo, aunque se usa aceptablemente en todos los campos en donde las fuerzas de atracción del Universo se manifiestan, —puesto que toda atracción es amor—; tiene sin embargo una referencia ética particularísima cuando entra en relación con el espíritu humano, porque en tal sentido es equivalente además con los valores de armonía y justicia universal, sabiduría nacida de la comprensión del Plan y de Ley; de la comprensión que es identificación con el ser, perfecta asimilación de la verdad. Y aquí perfecta equivale a natural, a fácil, a simple, a exacta.

Y para no vernos obligados a escribir el vocablo «amor» con minúscula o mayúscula, según el caso, será mejor llamar amor únicamente al amor magno, al espi-

ritual amor del Hombre, que no nace de las fuerzas de atracción propiamente (aspecto externo del amor), sino de las fuerzas de comprensión, que es armonía y equilibrio.

Para ser más explícitos, la atracción o el amor con minúscula, no es otra cosa que el estado de gestación del verdadero amor; el esfuerzo de producción de la unidad, esfuerzo muchas veces ciego, como el Cupido mitológico o como la Justicia clásica que llevan una venda sobre los ojos; mientras que el amor con mayúscula es la realización de algo que ha resultado en las encontradas fuerzas de atracción. En este maravilloso estado toda lucha y toda diversidad ha cesado, es la flor de la comprensión alcanzada con la compenetración: es la flor de la unificación de lo que estaba separado; es una maravillosa flor de perfecta inteligencia, felicidad y paz; la realización de Dios en el Hombre; la luz propia, nacida de la lucha entre reflejos, que aparece después de la angustia preliminar, como en las lámparas de incandescencia aparece la luz apacible después del angustiado entrechocar de dos carbones.

No hay en el amor, con minúscula (al cual por comodidad he dado en llamar «el Querer»), algo que lo una con el Amor, como no sea la trayectoria, la fuerza de atracción del Amor mismo que lo hace gravitar a su redor y que lo absorberá tarde o temprano. El mundo de la relatividad es el mundo de Satán, de Dios-Satán, si se me permite; en tal estado, humano-satánico, el aspecto de amor aparece como atracción, como anhelo de posesión, como defensa egoísta de la felicidad incomprendida. El Mal que aspira al Bien, como ya dijimos, expresa su amor a Dios alargando las manos para *apoderarse* del Bien aun a costa de grandes penas. El resultado de esta expresión es actividad, esfuerzo, ex-

perencia educadora que va lentamente expandiendo la conciencia hasta que sea posible la suprema aspiración la posesión del Bien que es Dios. Entonces ocurre lo que a los ríos en el mar, como ya vimos: el triunfador es el vencido y cuando el Hombre creía haberse apoderado de Dios, es Dios quien se ha apoderado del Hombre, lo ha asimilado, lo ha digerido y se expresa en él por medio del milagroso equilibrio del amor interno. No es lo mismo el amor *a Dios* que el amor *de Dios*; todo amor *a* Dios es *querer* (el amor satánico), y todo amor *de* Dios es Amor, el impersonal amor íntimo que se expresa como fuente de inteligencia que ni da ni quita; ni ofrece ni pide, puesto que el amor es plenitud, inagotable fuente de dicha, cuya luz, como la del Sol, puede ser aprovechada por todos los seres que se pongan en interferencia con ella, sin que por esto se desgaste o agote, sino más bien parece que dando se acrecienta.

Mas hay que entender que el Amor no tiene nunca *como propósito* el dar ni el tomar. El Amor *es*, como la rosa *es* y se embellece y perfuma sin pensar en hacerlo para nadie en particular; esta es su natural manifestación y expresión en la existencia y quien a ella se acerca se deleita la vista, el olfato y el tacto.

El Amor es la expresión sencilla de la Divinidad que es inteligencia, comprensión, armonía y en una palabra: Sabiduría.

DE ANTEO Y DE ATLAS

Si el Hombre es, en cierto modo divino, si en él hay algo de Divinidad, si Dios o el Bien o lo que sea llega a expresarse a través de él, habrá una etapa de l:

20— A M A T L

de ser vencido levantándole *en el espacio*: separándole del contacto con la Tierra que lo vigoriza; separándole *calculadamente* del Mal. Todo ésto es hablar en símbolos para hacer trabajar la intuición, madre de la comprensión. Regresando al plano de las realidades, debemos hacer observar que desde los innumerables puntos de vista del Mal, que es sombra, ignorancia, miopía, el mundo aparece siempre en variadísimos aspectos de ilusión y de falacia.

Los seres desorientados a quienes el Mal tiene y que consciente o inconscientemente se encaminan al Bien, aprecian el Bien, y el Mal mismo, equivocándose a profusión. Y esto se debe, claro está, *a la relatividad*, que es la estructura clásica del Mal, a los puntos de vista. Desde el Bien *no hay* puntos de vista y por lo tanto toda limitación y división de vida desaparece. Modernos filósofos expresan esta verdad comparándola a la visión *totalitaria* de la cumbre de la montaña, con la relativa, parcial y equívoca apreciación visual, que se tiene *mientras se asciende a ella*, marchando con esfuerzo por sus contornos.

Desde el Mal hay muchas cosas que parecen malas y no lo son; queremos decir: *que se creen* en el lado de la sombra, cuando están en el lado de la luz; y muchas *que se creen y parecen buenas* y no lo son, por hallarse más del lado de la sombra.

Sirva como ejemplo el concepto ya citado del *querer* tenido por *amor*; el adquisitivo impulso del amor, glorificado una y mil veces como la más sublime realización del ser humano, identificándolo, sin cavilación, con el supremo Amor: que es *impersonal y ubicuo* y que está muy por encima del intercambiante sentimiento conocido por amor: mera transacción de atracciones, en donde muy a menudo se descubre sin dificultad la imi-

tación y el engaño; a veces por buena, a veces por mala intención. Al alcance de la mano tenemos la estrofa de un poeta mexicano tenido como bueno (¿y por qué no?), en la cual, para no ir muy lejos, encontramos claramente expresado el falso sentido que tan corrientemente se da a la palabra amor: llegando a confundirla con un sentimiento asaz bajo y rastroso, sin que se llegue a reflexionar en la urgencia de hacer distinción, aplicando vocablos distintos, entre el amor diabólico y el amor divino; entre el mezquino «querer» pedestre (por no decir reptante) y el Amor de luminosas alas. Dice así la estrofa aludida.

«Hastiado de la hembra pasiva
y su pequeño *amor* insulso,
tu amor leal y tenebroso,
vampiresa es lo que yo busco.»

El poeta se siente hastiado del *pequeño amor* de la hembra honesta, que bien pudo ser un incomprendido amor real, inegoísta, y va en busca del *leal amor* de la vampiresa, tenebroso pero expresivo, capaz de satisfacer el anhelo de posesión mutua.

El romanticismo real e imaginario está plétórico de «amor sublime», de una dudosa sublimidad; puesto que, aunque en los mejores casos llegue hasta el sacrificio, siempre resulta ser en beneficio del ser amado con inequívoca exclusividad. Hablo del romanticismo erótico o platónico, desde luego; no del que comprende casos donde el divino amor aparece con su peculiar impersonalidad y sencillez.

Ya antes he dicho que desde el lado de la sombra y muy dentro de la penumbra, muchas que no son estrellas constelan el espacio. Sublimados aparecen a

ratos los instintos acreditados como luminosas adquisiciones de la conciencia; sacrificios que no son sino esclavitudes; heroísmos de cobardes héroes; altruismos de mezquinos; grandezas de apocados; purezas de impuros.

Y ésto muy a menudo resulta, de que desde el Mal *multivisual*, el Bien no aparece como el Bien, sino como *los bienes*; y así, es bueno todo lo que no nos causa daño y dolor, y es malo lo que nos aflige y tortura. El impulso del Hombre evolucionante, en cuyo corazón la Divinidad no ha nacido todavía, es llegar a la felicidad, una felicidad presentida y preconcebida; preconcebida siempre en forma tal, que el dolor se ha eliminado de ella, *no se permite*; sin comprender que en la auténtica felicidad, que es plenitud vital, suprema inteligencia y armonía perfecta, el dolor y la dicha no son sino el anverso y reverso de una sola medalla.

DEL EGOISMO Y DEL EGOTISMO

Las revisiones en el lenguaje usual se hacen indispensables si queremos poner sentido de justeza en la expresión de las ideas. Lo mismo que para mejor inteligencia hemos dividido la vida en buena y mala, —distinguiendo así cómodamente los dos extremos, separando arbitrariamente la luz de la sombra. sin preocuparnos mayor cosa de la *penumbra*, que las une sin solución de continuidad,— así hay muchos conceptos importantes, sobre aspectos filosóficos, que precisan esta división en beneficio de la inteligencia. De igual manera que no todo lo que llamamos amor es amor, lo que a menudo llamamos *egoísmo*, no es egoísmo en buen número de casos. Debemos tener siempre presente que todas las

cosas son *duales* en el Universo manifestado, que existe la polaridad, lo positivo y lo negativo, lo masculino y lo femenino y al surgir un concepto cualquiera, sea bueno o malo en relación con nuestro particular sistema de ver las cosas, debemos preguntarnos si dicho concepto gravita en las regiones de la luz o en las de la sombra. Con aguzado discernimiento siempre será posible clasificar. Por lo tanto, así como hay un amor de la sombra, un amor malo (por muy bello que nos parezca) al cual yo he denominado «querer», para clasificar, así hay un egoísmo que es bueno, que pertenece a la luz; emparentado con el Amor y no con el «querer»: y al cual quiero distinguir aquí con el vocablo convencional de *egotismo* para saber a qué atenernos.

Hagamos un esfuerzo por explicar el egotismo.

La ordinaria actitud del ser evolucionante en todos los reinos de la naturaleza, el humano inclusive, hasta llegarse la hora del reconocimiento del espíritu, es una actitud de adquisición. Puede muy bien consistir en un profundo sentimiento de *adaptabilidad y lucha* por la supervivencia (como lo vería una mente científica); pero también pudiera ser más que una lucha desesperada por la supervivencia y la comodidad, la errada manera como el sér intenta apoderarse de *la vida total*, que subconscientemente él aprecia como el últerrimo destino, como la meta de la existencia.

Nadie puede negar que el egoísmo es una consecuencia del amor a la vida, del *querer* la vida, un querer tan adquisitivo y tan intenso que es tres veces querer: querer de amar, querer de desear y querer de mandar: el imperativo querer dentro del cual el sér evolucionante pone impulsos volitivos arrolladores.

La humanidad se encuentra actualmente en *el estado adquisitivo*; en la etapa del egoísmo, ciertamente,

pero de un egoísmo un poco mejor que otro peor. Tal vez en lejanas épocas los hombres ambicionaban poseer las cosas y atesorarlas; ahora lo que llega a poseer el egoísta casi siempre es posteriormente derrochado, como si el egoísta tardara menos en darse cuenta de lo inútil que ha resultado su logro; de lo vacío que estaba aquello que él creyó lleno; de lo vano que es atesorar ilusiones cristalizadas. Nuevos deseos sustituyen los deseos agotados, los viejos deseos que pudieron haber dado satisfacción, en los mejores casos, pero que siempre desilusionaron. Las cosas que se anhelaron fueron alcanzadas, pero una vez poseídas las cosas que se anhelaron, sin dejar de ser ellas mismas, *no eran lo anhelado*, que persistió en esconderse, como las sombras de los objetos se esconden siempre del Sol y le juegan la vuelta.

Y lo anhelado por el sér inconsciente y por el semiconsciente; por el instinto como por la razón, no es otra cosa que la Felicidad, la Paz, la Plenitud, la realización de lo que se está realizando, la terminación de lo que se está construyendo. Como en la brega y por medio de la experiencia consecutiva y progresiva, la inteligencia aumenta de grado en grado, pronto o tarde el sér egoísta se entera de la falacia que constituye la personalidad separada, se da cuenta de que no es posible llegar solo a la felicidad; que misteriosos lazos le unen a los otros seres de la Creación y que si ha de llegar, ha de llegar *con todos* o no llegar; y es este el momento en que la crisálida se vuelve mariposa; en que girando sobre sus talones, por decirlo así, el egoísmo se convierte en egotismo y por la salvación del ego que es siempre la central preocupación, el individuo adopta, en vez de una actitud de adquisición y acaparamiento, la

contraria actitud de renunciación y sacrificio. Esto que yo he llamado el girar del ego sobre sus talones, constituye, por la misma razón, el supremo momento iniciático de dar la espalda a Dios; no para huir de él, sino para *combatir* por él, yendo al frente de batalla contra el Mal.

Así pues, el egotismo es un egoísmo centrípeto. En vez de desear poseer las cosas del mundo, el sér individual, cambiando de rumbo va hacia la conquista de sí mismo. Y aquí el egoísmo se ha hecho virtuoso sin dejar de ser egoísmo, puesto que en el fondo, el móvil sigue siendo el mismo: la adquisición de la Felicidad, que la inteligencia dispone por el camino de la *renunciación a la misma Felicidad*. El problema pasa, de ser un problema *personal y externo*, a ser *impersonal e interno*; deja de ser *de ciencia*, para ser *de conciencia*; y el problema multitudinario del mundo, se convierte en el problema sintético del Hombre.

EL EDUCADOR FRENTE
AL PSICOANALISIS
POR LORENZO VIVES B.

A Moisés Vincenzi.

(Nota introductiva de Salarrué)

No se encuentran
las páginas 29-30,
en la fuente original

La inquietud mental y la asiduidad en el trabajo constructivo que caracterizan el alma noble del Profesor Lorenzo Vives, nos da este estudio sobre el psicoanálisis en la enseñanza, estudio que absorbe la atención rápidamente; hace cavilar y despierta, también, intensos deseos de reformar, enseguida, la enseñanza; pone a prueba las corrientes de la rebeldía y la fría resistencia de los aisladores de la incomprensión, del conservatismo mal entendido y del convencionalismo social.

El psicoanálisis utilizado en la enseñanza es una necesidad vital. El verdadero maestro necesita, de manera imperativa, un sentido sacerdotal, por una parte, y por otra, clínico.

La eficacia de la educación gira, a nuestro modo de ver las cosas, en derredor del conocimiento intuitivo, por parte del maestro, de que el ser humano es una individualidad, y por consiguiente, es siempre un anormal, puesto que tratándose de individuos no puede haber normalidad. La individualidad es aislamiento esencial, y cada individuo, un mundo aparte, que se hace preciso descubrir y conquistar.

El SISTENA educacional, el PLAN de estudios, es algo preparado, no precisamente para EDUCAR, sino, exclusivamente, para enseñar. Esto, que para mí es una verdad SUFRIDA, podría, indudablemente, demostrarse de modo categórico. Un PLAN de estudios y un SISTEMA tan erróneamente llamado educacional, hacen, simplemente, el riel tendido de la enseñanza pa-

ra la fácil obtención del título profesional que facultaba al estudiante para «ganarse la vida».

El plan de estudios comprende un cierto número de materias escalonadas para llegar a la cima: el título. No parece sino que el Estado presupone que todo el ideal del estudiante consiste, primero, en obtener el título, y después, en valerse de él para «ganarse la vida».

Ese sistema y ese plan de estudios rechazan al estudiante que llamaríamos VOLUNTARIO; al estudiante que quiere HACERSE, no para obtener tal o cual título profesional, sino para poseer conocimientos útiles; para ampliar el horizonte de su vida; para orientar su proa en el sentido de *su* manera de ser. Resulta dentro del plan que nos ocupa, que hay materias inalcanzables, porque para llegar a ellas es preciso haber cursado otras de grado menor, y el estudiante VOLUNTARIO se ve obligado a renunciar la adquisición los conocimientos que con más ardor anhela. Se hace preciso romper las verjas que circundan las fuentes de la enseñanza para que en ellas beban a su sabor todos los sedientos. Si yo tornara a ser joven, gozaría siendo un estudiante voluntario, un estudiante sin fallas, sin amonestaciones, sin castigos, sin exámenes, sin títulos. Conocer lo mejor que me fuera dado las materias que me atraen, que me gustan, que son las únicas de utilidad positiva para mí: no recargar con lo inútil mi aprendizaje, seleccionar, con la ayuda de maestros inteligentes y bondadosos, amigos míos, y no amos. A cambio de una medalla, tener clara la linfa de mis conocimientos. A cambio de un «Br.» o un «Dr.», tener la certidumbre de ser un «Yo».

Pero, desgraciadamente, y porque el estudiante —que es el llamado a corregir estas cosas— ha estado

aherrojado, aturdido, degenerado, incomprendido en su calidad de estudiante y de SER HUMANO, por mucho tiempo irá en cuerdas, como los presidiarios, tragando dogmas como los avestruces tragan todo sin reparo, peleando títulos y menciones, arrollados por los instintos incontrolables, contagiándose mutuamente de simpleza y bellaquería.

Porque el hombre no es un ser colectivo, contra todas las falsas apariencias.

Entre las cosas que debemos aprender y enseñar está la de saber encontrar LA HORA PROPIA. En las instituciones educativas y de beneficencia, tales como escuelas, hospitales, asilos y otros establecimientos para la vida en promiscuidad, la hora del aislamiento se hace indispensable. El momento de soledad, de recogimiento, de la visita de uno mismo; el momento del propio templo, es una de las necesidades primordiales. Un niño o un hombre sólo puede vivir interiormente cuando logra esta tregua cada día, la hora de su soledad, la hora ante sí mismo. Hay en la rueda del día dos momentos de desconexión dos polos de soledad: en ambos el hombre quiere y debe estar solo.

En la mayoría de los colegios que conozco, los dormitorios de los internos son habitaciones grandes con muchas camas, y durante la noche, como en el día, los alumnos tienen que permanecer juntos. En los hospitales y asilos ocurre lo mismo. Siempre resulta doloroso para una persona, por pobre que sea, ir a la sala de caridad porque allí no podrá estar aislada. Allí tendrá que soportar la mirada de sus compañeros de sala. Si se pensara en la enorme influencia psicológica a que se ve sujeta una persona en estas condiciones, se tendría piedad de ella. Los ojos que nos contemplan, (ojos de

enfermos), nos pueden decir en silencio si estamos muy mal, si vamos a morir; nos sugestionan con facilidad y sobre todo, nos cansan. Debe fatigar el saber que muchos ojos están fijos en uno. Tener una habitación propia es lograr la mitad de la salud y de la libertad.

Avido el oído, el ojo abierto como una flor, el niño va entrando, con sed de saber, en el mundo multicoloro y multiforme, tal si quisiera recordar. Este es el niño, el futuro superhombre. Mas, entre el niño y el superhombre hay un perdidero, un camino de extravío que lleva a un triste paraje sin salida lleno de fango, en donde los pies se pegan y se está dando vueltas en un solo punto. Este es EL HOMBRE. Allí parece apagarse la sed de saber y la certeza de ignorar; se hace sordo el oído y torpe el ojo: es un sendero de regresión hacia la bestia; se estanca el alma y no continúa el fluir en su linfa sino cuando se decide el regreso, cuando se vuelve a niño, y, como tal, se emprende la jornada de ascensión.

Trabajo del buen maestro es ayudar al niño para que no se extravíe en el perdidero fatal. El psicoanálisis aplicado a la enseñanza hará labor de ángel guardián. Sírvase el lector dispensar estas divagaciones alrededor del interesantísimo tema tesoneramente abordado por Lorenzo Vives, y tenga la seguridad de hallar en las páginas de este trabajo un semillero de ideas que preocuparán y mejorarán nuestra vida.

Salarrué.

San José—Costa Rica—Oct. 1935.

Reconozco que es misión delicada la que me propongo llevar a cabo. El intento se debe al anhelo de desterrar de la enseñanza lo vetusto, lo ilógico, lo inútil, y darle, en cambio, los medios de poder conocer mejor al educando para lograr el desarrollo global de su naturaleza íntegra.

El complejo freudiano no me interesa tanto como el aspecto de autocrítica, en el psicoanálisis. Como aportación nueva se ha abusado un tanto de ella y se le han atribuido propiedades de discutible efectividad. Luego insistimos en el deseo de aceptar su aportación en la enseñanza como medio de auto - confesión y, por ende, de conocimiento anímico que es el verdadero que incumbe a todo pedagogo.

Da pena que, en medio de tanta inquietud, ante la aparición de una fase de la Historia llena de realidades definitivas, la escuela descuide el conocimiento del Yo que en cada educando late.

Tiempo ha que sonó la hora de las rectificaciones. No andemos, pues, remisos. Apresurémonos a enmendar yerros propios y ajenos, y a tratar al niño según su personalidad inconfundible. La escuela ya ha divagado bastante.

La humanidad está en vuestras manos, educadores del mundo entero: si por negligencia o insuficiencia no realizáis vuestro cometido, la Historia, en su día, os llamará a juicio.

Medios se han ideado para conseguir el mejor conocimiento del hombre futuro. Seminarios de Peda-

gogía trabajan conjuntamente con laboratorios de investigación psicológica. Que un HOSANNA se eleve en el ámbito de tanta actividad. Mientras tanto, laboremos por lograr el arribo de una era feliz.

Los que bregan en el proceso educativo, bien saben que la educación es una interminable auto-crítica: el MEA CULPA ha de salir del que educa más que del que se educa.

Decía un pedagogo: «Cuando ocurre algo anormal en mi clase, antes que a los muchachos, me pregunto a mí mismo: ¿tienes tú la culpa? Y casi siempre concluyo por saber que el causante de la falta soy yo».

Aquel NOSCE TE IPSUM del templo de Delfos vaga por entre los inquietos que se acucian por hallar las fuentes de la verdad, deteniéndose, alguna vez, en la mente del que halla el conocimiento en su propio interior.

Proyéctémonos en nosotros mismos; conozcámonos y elevémonos, después, para conocer el mundo que nos envuelve, abarcando en nuestra inquietud, las ansias de conocer a los demás. Una vez satisfechos estos anhelos, podremos vivir como si todos los hombres formaran un solo cuerpo.

La hora de romper las trabas de los «intereses creados» debería haber sonado. La finalidad de la vida existe, a pesar de todos los egoísmos; y ella no está, precisamente en la acumulación de bienes que aseguran un bienestar. El hombre de antaño no era menos feliz que el de ahora. Los avances de la técnica no han precipitado la llegada de la felicidad.

«Paso a la sinceridad», rezaría nuestro estandarte si tuviéramos que desfilarse —Dios no lo quiera— con la gran comparsa. Más que la absorción del individuo por la masa, quisiéramos la disolución de ésta en individua-

lidades conscientes. Ni el estado, ni una idea, ni un dogma han de destruir nuestra personalidad. Mucho menos tal o cual líder. Para que la colectividad sea sana, es imprescindible que exista el individuo libre de prejuicios y trabas políticas o de conciencia.

* * *

Muchas veces en las reconditeces de mi vida subjetiva, cierro los ojos, y echando la mirada a los comienzos de la humanidad, me pregunto: ¿cuál sería la postura de los primeros hombres ante la enfermedad y la muerte.

La enfermedad sería un castigo de las potencias espirituales; la muerte, una separación temporal que habían de condicionar con ofrendas y prácticas de ritual. De ambos castigos, nacería el sentimiento religioso, el deseo de ampararse en algo sobrenatural, con poderes infinitos, que pudiera sentir misericordia de aquel hombre tan abandonado. Las inclemencias, las fieras, sus semejantes, todo se aunaba para destruirlo. Vivía en una continua congoja: de haber tenido la sensibilidad de ahora, su subsistencia habría sido imposible. Del temor a los seres ultra-humanos y del afán de relacionarse con ellos, nacería el culto.

Se comprende cómo estaría dispuesto el hombre primitivo a dejarse influir anímicamente. Las primeras curas se harían por el espíritu. La sugestión fué el primer elemento utilizado por los primeros curadores. El templo de Epidauró no era otra cosa que uno de los testimonios de aquella fe primaria en una curación milagrosa. Los enfermos acudían a él y se paraban ante sus gradas: tenían que obedecer ciertos mandatos; practicar algunos preliminares antes de entrar en su interior:

A M A T L — 37

orar, lavarse, bañarse, reconcentrarse, en una palabra: autosugestionarse. El resultado era y sigue siendo proporcional al grado de sensibilidad del enfermo. De aquellas curaciones se guardan bajo-relieves que, a manera de ex-votos, memoran supuestas intervenciones divinas. Los sacerdotes fueron, pues, los primeros médicos.

Con los años se imponen la reflexión, la comparación y el estudio. Se aprecian las reacciones producidas por la aplicación de los agentes naturales: sol, aire, agua, tierra. Ciertas plantas aparecen, tras pacientes observaciones, con propiedades curativas. Lo material invade el terreno del espíritu. El sacerdote deja el puesto al médico. Ya no es la fuerza interna de una fe en una intervención extraña: es la frialdad del razonamiento lo que cura. Pero ese tránsito de lo espiritual a un proceso racional por la ciencia; del exorcismo sacerdotal a la observación del médico, el pueblo lo recibe con recelo: no puede creer que lo material venza los efectos de una dinámica psíquica, y sigue practicando, aún hoy, los consejos del curanderismo. La curación por el espíritu tiene más atracción que la terapéutica oficial.

* * *

Con la aparición de los enciclopedistas se entroniza la dictadura de Holbach, La Matrie y seguidores. La revolución de 1789 barre todo lo que huele a divino, a espiritual: la materia es la única realidad tangible. ¡Quién les había de decir que más tarde, de su misma patria, había de salir el hombre que opondría, al de ellos, un credo diametralmente opuesto: la irrealidad del mundo material! Queda — es imposible evitarlo — en un sub-estrato de la conciencia; una repulsa, un descontento.

tamiento. Pero la ciencia oficial, aquélla que obligó a Galileo a retractarse, que quemó vivo a Servet, que se burló de Franklin, no podía admitir, ni aun considerar, los fenómenos atribuidos al psiquismo. Para ella no existía tal psiquismo. Por esto la tragedia de Francisco Antonio Mesmer, el hombre de naturaleza sutil y delicada, que abandonando actividades inherentes a su vocación artística y a su profesión, busca y se afana por hallar una explicación a cierto orden de fenómenos que no sabe explicarse, pero que no dejan de ser evidentes. Mesmer, conciudadano de Freud, es su precursor.

Sin saberlo, llega a realizar en el enfermo una reacción que arranca de su espíritu; Freud, consigue esa reacción del propio conocimiento del enfermo. Mesmer, ante el imán del astrónomo Hell, siente el acicate de su inquietud insatisfecha, y se lanza a conocer el medio de curar por la fuerza magnética; Freud, ante la histórica de Breur, no cesa hasta encontrar la manera de curar, por la anulación — por autodeterminismo — del impulso subconsciente. Los dos, Mesmer y Freud, se mueven impulsados por un mismo fin y aunque se orientan diferentemente, se dirigen, ambos, al psiquismo.

Mesmer presiente algo; percibe un afán de investigar, y dejando su señorial residencia a orillas del Danubio, da comienzo a su hégira. Adiós, culto al arte al arrimo de vates como Mozart, Wolfgang, Haydn, Glück; es preciso dar satisfacción al desasosiego que le invade.

Sabe que el astrónomo Hell ha proporcionado a una ilustre dama un imán para aliviarle los dolores de un calambre del estómago. El jesuita Hell no es médico, sólo cumple con lo que de él se solicita: un imán artificial. El religioso está relacionado con Mesmer y le entera del resultado obtenido, que es satisfactorio.

Entra enseguida, en acción Mesmer. Se hace fabricar imanes, y empieza a actuar, obteniendo buenas curaciones. ¿A qué son debidas? Sin duda al efecto del efluvio energético que irradiaba el metal imantado. Mas un día verifica los pases y contactos sin el imán, y el efecto logrado es el mismo. Perplejidad: si no hay imán, ¿qué es lo que cura? No tarda en encontrar la explicación: el éter universal escapado de los astros; la fuerza magnética, aquel «fuego invisible» de Hipócrates; el «spiritus puros, ignis subtilissimus».

El pobre se acerca a las fuentes de la verdad, y a ir a dar con ella, se pierde. Un esfuerzo más y hubiera podido explicarse la verdadera causa de las curaciones: su magnetismo personal, que era enorme. Y muere, el pobre, sin lograr saberlo.

Qumby, con sus célebres preguntas y respuestas, se aparta del mesmerismo y se acerca al psicoanálisis. Pregunta, y el enfermo contesta, provocando la correspondiente reacción. Otro iluso: mientras él divaga y muere pobre, la desaprensiva Marie Baker Eddy, apropiándose su procedimiento elemental, logra hacer una fortuna y crear, en poco tiempo, la secta religiosa que tantos fanáticos atrajo merced a la fuerza sugestiva de esta mujer vieja y enferma. (*)

* * *

Einstein y Freud aportan a las múltiples inquietudes de esta época, un contingente valioso. El primero, en la mecánica celeste, produce la misma revolución que el segundo en el psiquismo. Ambos, semitas, se debaten en un estrecho círculo de prejuicios. El uno enar-

* "La Ciencia Cristiana". (N. de la R.)

bola bandera de una ciencia nueva que destruye verdades tenidas como inconcusas y combate lo absoluto en la mecánica. El segundo nos lleva a reconsiderarnos y a conocer nuestro subconsciente para hallar en él la clave de muchos estados anómalos. Ambos han provocado discusiones. Paso a los dos; que sus aportaciones sean estudiadas con calma, libres de prejuicios, con el respeto máximo. El hombre ecuaníme recibe sin prevención todo aporte, lo estudia serenamente, lo analiza según su preparación y luego coloca lo aceptado en el catálogo de sus conocimientos. Rechazar una idea, un credo, una teoría sin conocerlos, es propio de criterios elementales.

Freud se hace médico sin vocación. El mismo lo dice. Le atraían más las relaciones humanas a lo Goethe. Se considera poeta y novelista, y su literatura, para él, no es más que una manifestación artística de la ciencia. No se reconoce original. Sabe ver en «Werther» una obra precursora de la suya. ¿Qué hace Goethe en esta obra? Explicarse, dar salida al flujo pasional que lo m ta. El suicidio es la muerte real del peso que gravita sobre la conciencia del autor. El psicoanálisis es anterior a Freud; lo que él hace es darle un nombre, una orientación, convertir su existencia en algo práctico que logre efectos que antes no se conseguían. Por otra parte, aunque con ciertas exageraciones, relaciona las manifestaciones oníricas con la personalidad del sujeto. Ya Artemidoro había dicho que «toda fantasía nocturna tiene su escondido significado».

La neurosis le interesa desde el principio, y no hallando manera de satisfacer su deseo de saber, es ayudado para ir a Francia a estudiar al lado de Charcot. Charcot, a pesar de sus métodos criticables — a base de la hipnosis— es para el joven médico una fuente de espe-

ranzas. Su pansexualismo puede sintetizarse en estas palabras: «Siempre, o casi siempre, la neurosis es efecto de un deseo sexual que no ha logrado realizarse y que transformado en retenciones e inhibiciones, pesa sobre la vida psíquica». Ni más ni menos viene a decir, después, Freud. El psicópata francés es demasiado conciso: «Toujours, la chose sexuelle, toujours».

De regreso a Viena, prosigue los estudios de su predilección, y ora al lado de Brücke y Meynert, ora junto a Breuer, tenaz trabaja por hallar una causa psíquica a la neurosis.

A sus pies se presenta, de improviso, una sima. Otro hubiese retrocedido: él la salva, y no sin hacer constar que nunca esperaba en su camino tanto cúmulo de imperativo sexual.

El informe que presenta a la Facultad es tan cateagórico, que, a partir de su aparición, se convierte en la «Bete noire» de la Universidad. ¿Qué dice el informe? En síntesis esto: «El histerismo es una enfermedad psíquica, y hay que reconocer casos en el hombre mismo».

Pierde la cátedra, la clientela, las amistades. Pero sin cejar se empeña en llevar a término su obra. Ahora continúa trabajando al lado de Breuer, y es en este momento que se decide su definitiva orientación. Veamos cómo.

Breuer está tratando a una histérica. Prueba, rechaza y vuelve a probar. El psicópata nota que cuando la enferma puede hablar de ella misma se alivia. La hace hablar, y nota vacíos. Entonces emplea la hipnosis. En estado hipnótico la hace confesar su vida íntima; recorrer sus días para saber si hay algún acto fallido, algún trauma. Después del relato, la enferma se siente curada. ¿Qué ha pasado? Que han desaparecido los síntomas histéricos. Breuer se asusta y con subterfugos

gios intenta atenuar la causa del mal. Freud, valiente y decidido, se aparta del compañero y continúa trabajando por el total descubrimiento de la verdad.

«Las energías psíquicas son desplazables por una fuerza que, arrancando del subconsciente, metamorfosea los sentimientos detenidos en su curso natural y los conduce hacia otras manifestaciones psíquicas o físicas». Ahí está, según él, la clave del psicoanálisis. Claro que luego no resulta tan fácil como él supone, y que la recta que mentalmente traza para el devenir de la teoría parece inflexiones; pero presenta a la consideración de los médicos, pensadores, abogados, jueces y maestros, una apreciación nueva de la delincuencia.

* * *

Pensando en aquellas relaciones humanas que estudiaba el autor del Psicoanálisis, podría aportar ejemplos que explicarían no sólo la influencia de nuestro pasado guardado en el subconsciente sin apercibirnos de tal permanencia, sino lo que pueden el afecto o antipatía que una persona inspira.

Sobre el dominio de uno mismo, emanado de fuerzas internas, vaya éste, sacado del trabajo de los doctores Paul Federn, de Viena y Heinrich Meng, de Stuttgart. Un médico de 27 años, después de haber permanecido en la zona de batalla, tuvo que ser asistido de una afección pulmonar. Uno de tantos días, se levantó con fuerte temblor en los brazos. Este síntoma le avisó que estaba atacado de una grave enfermedad; pero como la asistencia médica era muy deficiente, se impuso la fuerza de voluntad de considerarse libre de la afección, y en efecto, a volición pasaba de la anormalidad al estado normal. Convencido de que podía dominar el mal, re-

A M A T L —43

ingresó en el hospital en que servía, notando que, debido al mucho trabajo, perdía el dominio de sí mismo y los temblores reaparecían.

El siguiente caso nos dice el poder de la sugestión. Se refiere a la monja tratada por el Dr. Coué. La enferma creyó oír del médico: «no pasará del mes de Abril», y fué tal el efecto causado por esta expresión que aunque el doctor pudo curarla, ella continuó dominada por la idea de su muerte. A sus compañeras del claustro les decía que sabía que en Abril moriría. A primeros de ese mes perdió el apetito, luego guardó cama y más tarde murió.

Los «lapsus linguae» son, casi siempre, efectos de estados violentos debidos al dominio de una idea, de un deseo; a la presencia de personas que nos inspiran aversión o antipatía, o a imperativos desconocidos que permanecen en nuestro subconsciente. Veamos unos ejemplos.

Unas señoras alemanas alpinistas, después de una ascensión muy fatigosa, ya dentro de un refugio de montaña, comentaban las peripecias de la subida. Una de ellas estaría tan obsesionada por el deseo de quitarse las ropas y estar cómodamente en su casa, que en vez de pronunciar «nach hause» (ir a casa), dijo «nach hosen» (paños menores).

Muy conocido es el del Presidente de la Cámara de Diputados de Austria. Al ir a dar comienzo a una sesión que prometía resultar muy agitada, en lugar de enunciar la protocolaria frase: «Señores, queda abierta la sesión», pronunció la otra: «Señores, se levanta la sesión».

Un abogado confundía la llave de su oficina con la de su casa, a pesar de ser ellas de diferente tamaño llevarlas en bolsillos distintos. Inevitablemente, al

abrir la puerta de la oficina, cogía la llave de la casa. La confusión no tenía lugar cuando de abrir la puerta de la casa se trataba. Y es que la aversión que sentía por su profesión se traducía, en su subconsciente, por la preferencia dada a la llave del hogar en el cual tan bien se hallaba.

El caso de aquel profesor que teniendo que hacer el elogio de su antecesor, persona poco grata para él, dice: «no me siento inclinado» en vez de «no soy el llamado a ensalzar los méritos de X», es elocuente.

Gran cantidad de ejemplos vendrían a comprobar el influjo del subconsciente en muchas determinaciones nuestras; pero no podemos insistir. Si quiero detenerme un momento a tratar de las representaciones oníricas, y no de las que tienen que ver con el futuro, por constituir tema vastísimo para otro trabajo, sino de las visiones comunes a todos. En vez de adaptar los ensueños a la clave del citado Artemidoro de Dalidia, los debemos aprovechar para la formación del diagnóstico psicoanalítico.

Hemos señalado que el freudismo ha sido discutido; ciertas aportaciones suyas, aceptadas; rechazadas otras; ha movido encontrados pareceres; pero ha acabado por asentarse, purgado de las exageraciones primeras y por hacer retoñar nuevos puntos de vista. España no queda al margen de la controversia: dos trabajos testimonian la inquietud despertada; me refiero a «El psicoanálisis y el sueño profético», de César Camargo, y «Lo vivo y lo muerto del psicoanálisis», del catedrático de la Universidad de Valencia, Dr. López Ibor. En ambos se analiza la obra de Freud y lo aceptable se utiliza. Algunos admiten el imperativo sexual como factor que impulsa al hombre, y si no aceptan como males generales el «complejo de Edipo» y el de «Electra», los

admiten, en muchos casos, como agentes dinámicos (i efectos delictuosos. Marañón, Juarros, Rosso de Lur Emilio Carrere, Eduardo Zamacois, Fernández Flore Pedro Mata, Saldaña, etcétera, se han sentido llamad a «terciar en el debate» que quiere explicar el por q de multitud de actos extraños.

Unos se orientan hacia un determinismo de orige sexual, otros aceptan, en parte, la teoría freudiana muchos la niegan. Si el Dr. Juarros peca por exceso d freudismo, muchos por rechazar el influjo del sexo. No lo uno, ni lo otro. Lógico es reconocer en la obra vast de Freud muchas verdades y aceptarlas y adoptarlas e el diagnóstico: así lo han hecho Jung y los citados D López Ibor y César Camargo Marín.

* * *

La causa de las visiones oníricas, según Freud, e un deseo reprimido. Esta es una de las exageracione suyas. Es verdad que muchos ensueños son efecto d tal causa; pero otros no pueden ser explicados por ella

Un ejemplo: veo, en sueños, a una mujer conocid usando un paraguas sin tela, sólo con varillas gruesas d madera. Lluve mucho, por lo que digo a la dueña que, con aquel artefacto, se va a mojar, sobre todo ha biéndose colocado todas las varillas a un solo lado, a abrirse.

Aquí no veo ningún deseo cohibido, pues jamás he tenido de comprar un paraguas, objeto que hace año que no uso. Freud relacionaría, con su categoría d símbolos, la mujer con el objeto puntiagudo, símbolo d órgano masculino, y, con esta relación, entraría, claro, e deseo. Yo le doy otra explicación, más anagógica, i importa, pero explicación al fin. Aquella tarde, mi s

ñora, había visto a una pobre mujer usando un paraguas con casi todas las puntas de la tela despegadas y, por lo tanto, con las varillas bien visibles. Aquella visión le chocó y comentó el hecho con una de las sirvientas. Esto no lo supe hasta el día siguiente, después de haberle explicado mi ensueño. ¿No podría ser que se durmiera con la idea del paraguas dismantelado en la mente y que por telepatía esta idea pasara a la mía motivando la visión expuesta? Tengamos presente que, durante el sueño, el riego sanguíneo en la región encefálica es pobre y que, en cambio, existe una hipermnésia en los centros nerviosos. Es por esto que las ideas siempre se deforman y aparecen actos que permanecían en nuestro subconsciente olvidados por completo.

Desearíamos insistir a este respecto, pero la índole de este trabajo no nos lo deja. Queremos recomendar la lectura de la obra citada **EL PSICOANALISIS Y EL SUEÑO PROFETICO**, de César Camargo Marín, de la casa M. Aguilar de Madrid, porque sabemos que el lector ha de hallar en ella explicaciones científicas que han de satisfacerle.

Apuntaremos, sin embargo, las tres causas principales que, a nuestro entender, motivan los ensueños: primera, un deseo reprimido, tal y como quiere Freud; segunda, un motivo fisiológico; tercera, una idea, que al reproducirse, queda deformada. Ejemplos: de la primera clase; el siguiente: una señora ha de hacer un viaje con su esposo, por una enfermedad de éste. Hallándose de visita en casa de una amiga, se fija en los colores de un chal de otra amiga allí presente. Aquella noche sueña que va a Egipto montada en un ave de plumaje azul-grana. Haciendo el análisis psico-analítico del sueño, hallamos: a) el viaje se explica por la inminencia del que tiene que realizar; b) los colores del ave

son los del chal de la amiga, que tanto le gustó c) Egipto siempre había sido país de maravillas, para él Dos deseos motivan el ensueño y en él intervienen dos ideas — los colores del chal y el viaje proyectado — de formadas.

Un ejemplo de los de la segunda clase: sueño que estoy en manos del dentista y sufro por los arreglos que hace en mi dentadura. Al despertar noto un ligero malestar en una muela y me doy cuenta que él ha sido la causa del ensueño. Un sin fin de ejemplos más podríamos aportar de esta clase de visiones oníricas y cada lector debe conocer varios. Un ligero malestar en la garganta puede motivar visiones terribles que terminan en decapitaciones; la sensación de sed, a otras extravagantes en las que el agua juega importante papel.

De los de la tercera categoría, vaya éste: mi señor sueña que nos estamos bañando en el mar, en un lugar en que un médano separa, en la marea baja, el agua, formando dos playas. Sin darnos cuenta, al subir el agua nos encontramos alejados de la orilla resultándonos difícil alcanzarla. Origen del ensueño: en la mañana le había dicho que para hacer más ejercicio del que hacía, debía bajar a la piscina conmigo, a las seis de la mañana. Aquella noche se acostaría con esta idea, la que subsistiría en su mente, deformándose a causa del estado anormal de los centros nerviosos durante el sueño.

Todas estas visiones se realizan en el espacio de tres dimensiones. Hay otros más interesantes, llamados premonitorios o proféticos, que necesitan la dimensión tiempo. Algunos de tales sueños pertenecen, en pero, a los de la segunda categoría apuntada, tales son los que prevén el fallecimiento o una enfermedad del sujeto, ocasionados por un malestar originado por una anomalía en estado latente, malestar que recibe tal

sta cual parte del cerebro produciendo la visión de la muerte de uno o la aparición de una dolencia.

De los premonitorios, el lector podrá documentarse leyendo la citada obra de Camargo y Marín. Es un aspecto muy interesante de la vida espiritual, incapaz de ser explicado por el freudismo.

El niño no está exento de ensueños. Dada su hiperestesia no pecaríamos de exagerados si afirmáramos que en ellos la fantasía es más potente que en el adulto. Por esto criticamos la costumbre de explicarles aventuras absurdas y cuentos con episodios espeluznantes.

Los de hadas y las fábulas contribuyen a darles una idea espiritual del mundo y de la vida; pero por Dios, que como en el caso de la película BLANCA NIEVES Y LOS SIETE ENANITOS, no intervengan calaveras, brujas, ni la muerte: ellos han de ignorar estas ideas tétricas. Nos extraña que las Casas productoras de cintas de la importancia de ésta no orillen estas visiones.

Aunque el temor a ser amonestados y mal considerados coarte a los niños a revelar toda la trama de sus ensueños, el maestro, si logra hacerse estimar de ellos, puede, con habilidad, conseguir datos muy necesarios al justo conocimiento del sujeto.

Una vez conocido el ensueño ha de proceder a su psicoanálisis recordando las tres causas principales señaladas. Ambas obran con intensidad en ellos, sobre todo, la segunda. Los estados físicos locales anómalos son comunes en la infancia: retención de la orina, inflamación de las amígdalas, la sed, etc., ocasionan visiones que nada tienen que ver con las otras causas.

Una visión repetida conocida a tiempo puede, hasta, hacer conocer una enfermedad antes de manifestarse.

Si el educador merece la confianza de sus alumnos, mucho puede sacar de lo que sueñan, siempre que se-

pa preguntar con tacto y jamás emplear la reconvencción. Durante el sueño no hay voluntad de dilynquir, aunque subsiste, debilitada, nuestra conciencia. Por lo tanto por atrevidas que sean las representaciones que hayral tenido, nunca ha de insinuarles la idea de pecado. Espu idea es la que los hace hipócritas y reservados.

El juego se presta a hacer un valioso psico-anaylisis del niño. Como en el sueño, su personalidad yic siente libre, y su voluntad se manifiesta según sus dao seos. Unos edifican en la arena; otros borrhonean figura; ras incipientes; otros juegan a los soldados; los hay quo prefieren permanecer alejados para meditar, contemplan las imágenes de un libro o conversar con otro compañero. En todos, el subconsciente aparece haciéndole obrar según son.

Ya que es difícil desentrañar totalmente la trama de los sueños de los niños, pues nunca dirán la verdad de lo soñado, por temor, desconfianza o vergüenza, sí en posible bucear en su conciencia aprovechando sus rate de esparcimiento. Por esto quisiéramos que, en el aula de las realizaciones — trabajos manuales — éstas n fueran impuestas, sino escogidas por los alumnos, par poder continuar en ella el análisis de su personalidad. n

Tanto el sueño como el juego pueden ponernos ante un erótico, un maniático, un paciente del sentido de inferioridad. Conocer a tiempo tales anormales suponría un ahorro de sufrimientos a ellos y a la sociedad. a

Somos de los que creemos que el loco no se hace sino que nace. Si un trauma cualquiera produce la demencia, no es que ésta haya aparecido espontáneamente, sino que ya se hallaba en el paciente en latencia, i su aparición hubiera tenido efecto en otra oportunidad favorable.

El complejo de inferioridad puede dar lugar a acta

emejantes a los de la paranocia y mitomanía, sin ser un oco el que lo sufre. En cambio, bien encausada la vida del doliente, a base de un conocimiento de su naturaleza anímica por medio del psicoanálisis, la sociedad puede lograr de él las utilidades de otro normal.

Desearíamos insistir acerca de la importancia que para el estudio global del niño tiene el análisis psicológico, hecho con tacto y ciencia. Más adelante hacemos notar que no todos los educadores sirven para practicarlo: se precisan cualidades muy especiales, casi imponderables.

* * *

El padre, el pedagogo, el sacerdote, el médico, el juez, tienen, en el psicoanálisis, una fuente de conocimientos. Si los medios de antes eran insuficientes para encauzar la vida del infante, porque olvidábamos conocerlo, echemos mano, ahora, a los recursos que nos brinda la aportación freudiana.

No quiero, sin embargo, referirme a ella en su orientación total, sino, únicamente, en lo que significa en la metodología del conocimiento de la personalidad. En «El sentido de la vida», de Adler, se señalan caminos que pueden llevar a consecuencia felices en el camino de la educación, sobre todo puede aprenderse bastante acerca de la psicología del niño mimado; pero careciero, por lo que a ser sinceros se refiere, el trabajo del psicópata vienés. También el Dr. C. G. Jung, discípulo de Freud, en sus obras «EL YO y el inconsciente» y «Teoría del psico-análisis», proporciona una ayuda eficaz.

Si educar es sacar fuera, para su conocimiento, toda la personalidad del niño, ¿cómo permanecer indi-

ferentes ante tal misión? ¿Conocemos al educando? Ciertamente, no. Se inscribe en el libro de matrícula, como uno más. Conocemos, por esta inscripción, su edad, su nombre, el de los padres y algún dato más. Hasta su índice global de preparación desconocemos. ¿Qué se hace con él? Considerarlo como elemento de la masa y tratar a ésta por un mismo procedimiento. Y, así sale todo. Horas de clase antilógicas, conocimientos dados sin racionalidad y sin miras a una utilidad práctica, un fastidioso memorismo; se obliga al alumno a unas prácticas caprichosas que continúan llamándose "exámenes"—de conciencia de los que examinan, deberían ser. En fin, en la escuela, la misma comedia de la vida. Así, los hombres de mañana serán como los de hoy.

Ningún niño es igual a otro. Todos presentan modalidades distintas, por lo que cada uno debe ser tratado según su manera de ser. ¿De qué depende ésta? De un cúmulo de factores de orden espiritual todos, difíciles de determinar si huímos del camino del verdadero conocimiento. El psico-análisis no determina todos los males, pero puede decirnos la causa de un desequilibrio moral y, por lo tanto, nos permite hallar su remedio. El párroco de Zurich, Oskar Pfister, dice: «Desde hace siglos no había existido un método moral de tan profundo y general efecto como el de Freud, en cuanto a la corrección de la conducta humana extraviada, o la salvación de aquéllos cuyos defectos morales les ahogan».

Muchos dirán que el freudismo es más apropiado para escuelas de anormales que para niños normales. Se les podría preguntar si saben dónde empieza lo anormal. El psicoanálisis es útil a todos los establecimientos de enseñanza que pasen por preocuparse del desa-

rollo de la personalidad de sus alumnos. Si hemos de modelar, perfeccionar, encauzar, necesitamos conocer lo que ha de ser motivo de modelado, de perfeccionamiento, de encauzamiento. Si los centros de curación necesitan de él, no menos necesitadas están las escuelas. Siempre recuerdo el alivio moral que me representaba el comunicar a mi confesor, de pequeño, lo que creía mis pecados. Este alivio han de experimentarlo todas aquellas personas que comunican a otra, para recibir consejo, los motivos de su tormento moral.

Quiero citar un caso sucedido en mi Liceo «Monturiol». El matrimonio X sólo poseía un hijo varón. A los siete años me lo confiaron. El niño era locuaz, simpático, inteligente. Su preparación se desarrollaba sin entorpecimientos. Pero, lo que habían esperado por tanto tiempo sus padres, les llegó: una niña. Todo hacía presentir más felicidad para ellos, más no fué así. El carácter del niño cambió: se volvió desconfiado, olvidadizo, desaplicado. Nos quejábamos todos de ello. Al suponer la causa, lo llamé y, con cariño, le dije:

—Tú no eres el mismo de antes, y esto lo sabes bien. No prestas la atención anterior; no tienes la misma alegría. Dime, ¿qué te pasa?

—Nada, no me pasa nada, contestó.

—No me mientas. Yo sé la causa de tus males. ¿Prometes decirme que es ella si te la digo? Pues bien, tú no eres el mismo desde que tu hermanita recibe todos los mimos de tus padres. ¿Es así?

El niño, por toda respuesta, rompió a llorar. Le hice ver que el descuido de los padres no representaba desafecto para él. Que le querían como siempre. Los llamé, y en presencia del niño, les hice ver cómo debían proceder al repartir los afectos. La madre abrazó

y besó a su hijo, y todos logramos devolver la paz a su alma.

La autocrítica, ante un superior que inspira autoridad y confianza, provoca siempre un autodeterminismo de alcances insospechables. En vez de castigar sin conocer la causa de la falta, arranquemos del niño una confesión, que a la vez que ocasiona un sedante a su conciencia, evita tratos erróneos de efectos funestos. Hartas veces, el niño, en vez de caminar por senderos trillados, con horizontes despejados y con un cielo azul, tiene que subir, cotidianamente, la calle de la amargura y entrever, demasiado pronto, el serpenteo de un calvario...

La práctica del psicoanálisis requiere prudencia y, sobre todo, más que nada, confianza. Para su práctica queremos recomendar las tres fases siguientes:

a) Sacar a luz los deseos ocultos.

Una vez conocidos, debemos decir y hacer comprender, que en el fondo, no se quería causar daño alguno, al contrario; realizar cosa muy distinta. Así se consigue que el descarriado preste atención y reaccione contra el deseo perverso y empiece la lucha moral por el sitio que conviene.

b) Ocuparse de las causas del rechazo, detención, obstáculo de los impulsos, así como de los caminos errados de los deseos, para encauzar la conciencia y señalarle su verdadero camino.

c) Demostrar al niño cómo ha sido engañado. (El análisis ha de descubrir el engaño).

Con todo y poseer las cualidades especiales de buen psicoanalista, los resultados no serán, siempre, satisfactorios. Hemos obligado al niño a ser hipócrita y mucho cuesta lograr que se manifieste con sinceridad.

Conviene no pecar ni del unilateralismo de Freud

ni del optimismo de Adler. Para el primero, el hombre es sólo naturaleza: lo espiritual pesa poco. Para el segundo, la libidine interpreta un papel muy secundario, y en cambio, considera al sujeto como un poder que tiende a satisfacer su poderío. Lo que pesa en su teoría es la comunidad, una comunidad eterna, en el sentido marxista.

En los senderos de la locura hay etapas que pertenecen más a malestares morales que a causas nerviosopatógenas. Hemos aludido el complejo de inferioridad y ahora podemos señalar aquéllos que padecen manía de persecución. Para ellos todos se confabulan en su contra. Si van por la calle y dos o más personas, al hablar, los miran, es que se ocupan de ellos. Hay, en este caso, un defecto que quieren esconder: un vicio oculto, una tara moral en los padres, etc. Un psicoanálisis practicado a tiempo puede hacer recobrar al paciente la confianza. Si la causa está en el mismo sujeto, el alivio es más difícil de conseguir, porque la crítica se elabora en él mismo, en una región de la conciencia que podría ser considerada como el súper-yo.

La soledad en el hombre puede ser originada por el desprecio a la comunidad. El contacto con ella engendra dolor, y el hombre huye del dolor. La misma manía de persecución, cuando es motivada por algún defecto físico, engendra, además de la reacción combativa, el aislamiento. Pero la soledad en el niño no puede ser debida al deseo de escapar al dolor. Otras causas han de motivarla: el psicoanálisis puede hallarlas.

Quizás, al tener que tocar tantas ideas en un trabajo reducido como el presente, salgan estas confusas e incoherentes. El deseo que nos anima, empero, no es el de documentar al lector, sino orientarlo y prepararlo

a bien recibir ideas nuevas que mucho pueden hacer en bien del mejor conocimiento propio y ajeno.

* * *

Somos de los que creen en la monomanía freudiana, lo hemos indicado ya; pero, también, de los que ven en sus afirmaciones mucha verdad. Los que hemos dirigido internados sabemos del erotismo en la infancia. Negarlo, es contribuir a que el estado actual continúe indefinidamente. La histérica de Breuer es un ejemplo del complejo de Electra, no muy generalizado, lo sabemos; pero existente. Esta enferma sentía por su padre un sentimiento equivocado desde un día que lo vió en la cama: explicación de este sentimiento produjo, como hemos dicho, el alivio a la enferma. Del complejo de Edipo, menos abundante de lo que supone Freud, tenemos un ejemplo en el niño que nos hace conocer él mismo: aquel niño que ante la llamada de su padre a la madre, le dice a ésta: «déjalo, no te muevas». Más evidente es el caso de Stendhal.

Menos abundantes serían estos casos sin la promiscuidad en que viven algunas familias, por estar sin considerar el problema de la vivienda, uno de los más importantes para la salud física y moral. El poco recato de algunos padres para sus hijos hace despertar en ellos estos sentimientos. «En la mente del niño hay la imagen de la hembra, y en la de la niña, la del hombre», dice Marañón. Esta imagen, aumentada por la fantasía, ocasiona el vicio de Onán, que tantos estragos ha hecho y hace, gracias a este falso pudor y a la equivocación de aislar los dos sexos en la educación. Desde pequeños se les separa, haciendo nacer, en la mente de ambos, la idea de prohibición y, por ende, la de deseo. Dos va-

cios imperdonables mantenemos todavía: la falta de una educación sexual y de una coeducación desde los primeros años. Afortunadamente, el segundo va llenándose en todos los pueblos; pero el primero permanece sin ser considerado.

Cuando era estudiante de Bachillerato, ví, con asombro, la llegada de una señorita a clase: aquello fué, para todos, un acontecimiento. No había quien no quisiera cortejarla. Ahora, las aulas de los Liceos, Escuelas Normales, Universidades, etc., están llenas de señoritas que, en lícita camaradería, comparten las labores docentes con los hombres. Y no creo que la moral se haya resentido...

No es reteniendo sino haciendo conocer como conseguiremos una moral sincera nacida en la mente y en el corazón. El «statu quo» actual lo mantenemos por medio de cohibiciones, amenazas, castigos. ¡Qué disparate! Lo vedado se busca clandestinamente.

Nuestro profesor de Fisiología, al llegar a la parte del libro que trata de las funciones genésicas, el pobre, perplejo por la presencia de la señorita recién llegada, no atreviéndose a decir nada, objetó: «Señores, vale más que esto lo dejemos a la consideración de cada uno». Hizo bien. Con el pensamiento moral tan cerril de entonces—y de ahora—¿quién se atrevía a tratar la cuestión?

En vez del cómo se lo diré a mis hijos, deberíamos decir: ya he logrado llevar a mi hijo, lentamente, de la forma más precautoria, a la comprensión del origen sexual.

Cuántas tragedias se evitarían si los padres quisieran ser los verdaderos amigos, a la vez que educadores y confesores de sus hijos. No hacen falta discursos, sino exposiciones claras y con orden lógico.

Afortunadamente, muchos moralistas, entre ellos muchos sacerdotes—recuérdese la conferencia que el jesuita Laburu dió en Madrid sobre este tema—se preocupan, ya, de ello. Era hora.

Igual que para ser un mediano psicoanalista, se necesita un tacto delicado para llevar a los niños por el sendero del conocimiento del problema sexual. Como algunos educadores, aconsejaríamos que se procediera así

a) Busca de motivos.

Estos han de ser escalonados, no recogidos al azar. La fecundación de las flores, la artificial de los peces, las aves y sus huevos. Antes, otros más sencillos podrían escogerse.

b) La lenta y repetida cooparticipación en una sencilla enseñanza y explicación de ciertas frases que lleguen diariamente al alcance del niño. «No fornicarás» «Bendito sea el fruto de tu vientre». «Nació de María Virgen», etc.

c) Educación de los impulsos sexuales, entrando en acción conjunta, el padre, el maestro, el médico y el sacerdote.

Se trata de una táctica delicada en la que no deben terciar aquéllos que no se sienten con suficiente talento y preparación, y en la que el educador nunca ha de anticiparse, sino obrar según las preguntas del niño.

Este anhelo logrado realizaría el milagro de profundizar en la diferenciación de los sexos: que el hombre ha de ser muy hombre y muy mujer la mujer. Los casos de hibridismo actuales, si no desaparecieran, disminuirían, por lo menos. Es vergonzoso contemplar el afeminamiento en el hombre: ondulación artificial, manicura, arreglo del rostro; pero bien triste es ver el desvío en la mujer. Este fragmento de una obra de la magnífica Gina Lombroso, colaboradora de su padre y

de su esposo, el historiador Ferrero, deberían llevarlo en su mente todas las mujeres: «La verdad es que la mujer no podrá dar para la creación de las obras maestras más que aquella parte de su alma que no esté absorbida por las preocupaciones familiares, porque ninguna gloria podrá jamás exonerarla de sus humildes funciones de madre hacia las cuales le impulsa el instinto y a las que la Naturaleza la destina». «Para hacer una obra maestra es preciso tener ambición, buscar la gloria, el poder y los honores; y en la mujer verdaderamente mujer, la ambición de ser amada—que es también la de ser madre—sobrepaja con mucho la ambición de ser gloriosa y potentada».

* * *

La culminación de la educación sexual está en la coeducación. La cooperatividad de los dos sexos en las tareas escolares en la Escuela, Liceo, Normal, Universidad, etc., tiende a que se consideren mutuamente y a que se logre una sólida, por consiguiente, comprensión entre los futuros cónyuges. El egoísmo nos hace buscar nuestro bienestar y esquivar cuestiones de trascendencia social.

En vez de conocimientos relámpagos nacidos de un insustancial coloquio al son de un «jazz», o en «maillot» en la playa, o en las sombras de la noche, uniones a base de un conocimiento nacido de una larga etapa de camaradería. Los ímpetus sexuales encubiertos con los afectos instintivos del amor, traen precipitaciones que se truecan por ruinas morales. Los matrimonios con impotentes, alcoholizados, sífilíticos, enfermos mentales que dan al mundo, ante la indiferencia criminal de todos, tantos seres desgraciados, se evitarían. No sólo

son de perentoria necesidad las medidas drásticas que eviten el descenso de la potencialidad de la raza humana—única por su origen y su fin,—sino la implantación de las reglas eugenésicas más elementales. En las uniones matrimoniales juegan factores de índole privada que enturbian su santa misión. La unión ideal sería la lograda por afinidad psíquica.

* * *

No sé si habré logrado exponer el fin de este trabajo; podría ser que la misma vehemencia con que lo busco lo hiciera confuso. No vendrá mal hacerlo visible de una manera más concreta.

Indudablemente, la venida de una época nueva es de realización próxima. Todo lo hace prever. Inquietud pujante se manifiesta en todas las actividades. La política, la moral, el derecho, la ciencia, la religión, el arte, todo se siente trastornado. Mientras aparecen síntomas inequívocos de cambios importantes, el ascenso moral del hombre permanece estacionado. Más bien parece predominar el sub-hombre. Los placeres materiales atraen más que las apetencias espirituales. El súper-hombre no se vislumbra aún. Lograr su advenimiento debería ser preocupación de todos. El presente trabajo pretende aportar su modesto concurso.

Si le fuera posible a un hombre, ya hecho, venir a este mundo inopinadamente, de seguro que su extrañeza sería tal ante los hechos que en él tienen lugar, que pediría por volverse en seguida. Los centros de enseñanza dominados por la rutina; una organización social injusta; promesas que deberían ser sagradas, incumplidas; tratados internacionales, burlados; regímenes penitenciarios, horribles; la barbarie de la guerra, en ace-

cho; la prostitución de la mujer, no sólo toleraaa, sino reglamentada; la idea de Dios, ligada a contubernios infames; la autoridad del Jefe de la cristiandad, postergada por el atrevimiento de la inconsciencia; seres tarados de cuerpo y de alma, engendrando sin escrúpulos para llenar los hospitales y presidios; locos peligrosos ambulando, amenazantes, con la indiferencia de las autoridades. El panorama no puede ser más horroroso. La efigie ha sido sustituida, otra vez, por la de Barrabás. La conciencia individual no se siente aludida...

Llamar a la puerta de ella es lo que pretendemos. Despertar al YO que permanece inactivo en cada uno, y conducirlo a que contemple el nuevo amanecer. No sabemos si somos hipócritas por hábito o por necesidad; pero sí que debemos dejar de hacerlo. Lo somos, más bien, porque no nos conocemos. Conocièndonos, por propia dignidad, por respeto a nosotros mismos, dejaríamos de hacer muchas cosas muy criticables. Y acabaríamos, también, por establecer una nueva cortesía a base de la sinceridad. El temor de manifestarnos como somos nos hace ser insinceros: usamos, para diferentes fines, máscaras distintas. También este trabajo persigue que nos presentemos sin máscara alguna.

Querer lograr la rectificaciònn de los que ya están en marcha, es intento temerario. Desear vivamente una recta preparación de la infancia, es empeño santo. Por esto aplicamos el psicoanálisis, en lo que tiene de autoconocimiento, en la educación.

No nos hacemos ilusiones. Conocemos el asunto y sabemos que mientras la escuela se mantenga en el rango de inutilidad de ahora, no puede admitir las consideraciones y deseos manifestados. Hablamos, bien se ve, de la escuela de mnñana, aquella escuela que respete la personalidad del niño por encima de todo; que esta

personalidad sea la que obre bajo la acertada dirección del maestro y nunca bajo su férula; la escuela que se afane por cultivar individualidades con iniciativa y responsabilidad. Si al niño se le da todo hecho, una vez hombre, acaba por no saber hacer nada. Si nos obstinamos en imbuirle ideas ajenas, termina por no pensar. Si no le dejamos obrar por cuenta, se hace un ser sin responsabilidad.

Y como que el hombre sale del niño, es por éste que tenemos que empezar a laborar, ungidos de santa intención, para lograr el hombre que exige la nueva alborada.

Que si el sub-hombre se afana por lograr satisfacciones groseras, por gozar de la vida, el súper-hombre se inquieta por desentrañar la muerte...

No queremos decir que deseemos tipos a lo Hamlet: al contrario, queremos evitarlos. Con el bienestar honesto, el hombre puede preocuparse por la verdad. No importa dónde esté: la cuestión es que existe y acercarnos a ella podemos lograrlo por los caminos del arte, de la filosofía, de la ciencia, de la religión, y nunca por los de los placeres groseros. Hasta en nosotros mismos podemos hallarla.

Que nos perdone el lector este final. No vaya a creer que intentemos sentar plaza de perfectos. Lo que deseamos es que siendo pecadores no nos hagamos pasar por santos.

San José, octubre de 1938.

SIGMUND FREUD

(Nació el 6 de mayo de 1856)



No se encuentra
la página número 64,
en la fuente original.

Sigmund Freud, el sabio austriaco más célebre de nuestro tiempo, empezó su carrera en calidad de médico neurópata y ha llegado a ser uno de los más grandes innovadores de la psicología. Es el fundador de la psicoanálisis, método completamente nuevo de análisis y tratamiento de los casos nerviosos, al cual se deben datos tan reveladores sobre la vida del alma que con él se inicia una era nueva en psicología.

Freud hizo sus estudios en Viena, después en París al lado de Charcot y en Nancy al lado de Liébault. Siguiendo los consejos de un amigo eminente, Joseph Breuer, se dedicó al estudio del histerismo sobre el cual publicaron ambos en colaboración una obra fundamental.

El tratamfento por la psicoanálisis, el conocimiento nuevo de las *neurosis*, la psicología de lo inconsciente, la significación de uno de los enigmas milenarios de la humanidad: el *sueño*, se deben en realidad a Freud.

Existe una categoría de enfermos a quienes durante largo tiempo los médicos y la ciencia médica desatendieron: son todos los llamados nerviosos o neuropáticos.

Merecen toda compasión estos enfermos que sufren visiblemente, que tienen movimientos convulsivos, que tiemblan, padecen sufrimientos morales y realizan actos extraordinarios como al impulso de una violencia desconocida. Muchos de ellos están siempre tristes y son incapaces de trabajar. Frecuentemente, la familia de estos enfermos pierde paciencia y cree obtener mejor resultado diciéndoles que «todo eso no es más

que imaginación » o recomendándoles que « hagan un esfuerzo » sin llegar a lograr ningún éxito.

Pero al escuchar pacientemente a estos enfermos, al observarlos en el estado hipnótico, se ven surgir de su subconsciencia recuerdos relativos al origen de sus síntomas nerviosos, síntomas que ellos no pudieron explicar cuando estaban despiertos.

Invariablemente era una emoción psíquica la que causaba el síntoma nervioso y desaparecía este cuando aparecía la emoción rechazada hasta entonces. *El síntoma nervioso tenía pues una causa y era de origen psíquico.*

Freud renunció entonces a la hipnosis y por medio de su nuevo método de absoluta sinceridad, conocido con el nombre de psicoanálisis, consiguió volver a traer al campo de lo consciente lo que ocurría en las tinieblas de lo inconsciente y curó así a los enfermos. Estos ponían cierta resistencia en informarlo acerca de su estado, por lo mismo que antes habían rechazado el pensamiento de pruebas penosas y lo habían alejado de su conciencia. Eran impulsos agresivos, crueles o perversos que había disimulado y apartado lo inconsciente y conociéndolos era posible comprender y curar las neurosis consideradas como reacciones de defensa contra semejantes impulsos rechazados.

Como muy a menudo la causa de la neurosis estaba vinculada a la vida sexual, Freud tuvo ocasión de estudiar la vida afectiva bajo un nuevo aspecto, deduciendo de ese estudio una *psicología sexual*.

El niño viene al mundo como un pequeño « salvaje » y a medida que va creciendo pasa por las diversas fases de la civilización, exactamente como la humanidad pasó del ser primitivo al hombre cultivado contemporáneo.

El influjo de la educación rechaza los impulsos na-

turales; el niño absorbe y guarda en sí mismo, por decirlo así, las críticas, los halagos, las reprensiones de los padres. Desde entonces ya no es el padre quien estimula, manda o castiga — esa voz interior es la de su conciencia.

Cuanto más ahondaba Freud en el análisis de sus enfermos — a veces duraba esta labor varios meses — desarrollando los análisis clínicos destinados a sus alumnos, mejor percipía el movimiento de las fuerzas psíquicas, las leyes de la vida de lo inconsciente. No podía resolver los enigmas del alma, pero se representaba el mecanismo de la misma. En rechazar los instintos primitivos, malos, anti-sociales se basa toda nuestra educación; muchas de nuestras mejores conquistas, muchas de nuestras virtudes, de nuestras instituciones sociales deben su origen a una conversión de nuestros instintos.

Según Freud nada en el alma se debe a la casualidad, sino por el contrario todo está determinado.

Del mismo modo, los errores de la vida diaria, que suponemos fortuitos, los olvidos, los lapsus linguae, la pérdida de objetos y muchos accidentes, tienen por origen las emociones más o menos rechazadas, pero que pueden descubrirse todavía. Si un presidente comete el error de abrir una reunión diciendo: «ha terminado la sesión», podemos estar seguros de que ha acudido a la reunión contra su voluntad.

Era natural que un estudio del alma tan profundo, que en sus análisis remonta hasta la más tierna infancia del sujeto examinado, enriqueciera nuestro conocimiento del alma infantil y desempeñara un papel en todas las cuestiones de educación.

De la experiencia de la psicoanálisis se deduce que no debe amenazarse a los niños, ni pegarles, ni educarles sin cariño. Con frecuencia la obstinación de los ni-

ños no es más que un eco. Las explicaciones pacientes, la persuasión cariñosa que induce a las confesiones, obtienen más éxito con los niños extraviados e impulsivos cuando la comprensión analítica guía la conversación. La comprensión analítica es indispensable en la educación.

En Viena, lugar de residencia de Freud, en Berlín, en Londres y en Budapest han sido fundados institutos que se componen de dispensarios gratuitos, pues las neurosis amenazan la salud del pueblo tanto como la tuberculosis y como ella no pueden ser confiadas a los cuidados insuficientes de individuos aislados.

Esta nueva escuela de psicología psicoanalítica estaba destinada a tener alcance y resonancia considerables: la historia de la civilización, el derecho, la psicología de las masas, la biografía y la crítica literaria, la etnología, la filosofía, —artes y creencias— han sufrido la influencia de la psicoanálisis.

El talento de Freud y su curiosidad universal se extienden mucho más allá de su especialidad.

Los once volúmenes publicados hasta ahora de sus obras completas muestran la diversidad de su inteligencia y su infatigable capacidad de trabajo.

Pero lo más sorprendente en Freud no es sólo su genio investigador y la agudeza de su pensamiento, sino también la inquebrantable confianza con que esperó que los especialistas competentes reconocieran el valor de su obra y que discípulos de los principales países del universo vinieran a recompensar su tenacidad.

Las ideas psicoanalíticas penetran cada vez más en la vida espiritual de nuestro tiempo; ya casi no se publica novela que no revele su influencia.

Desde Darwin no hay ningún hombre cuya obra haya operado semejante movimiento de opinión. La

palabra «Freud» no solamente es un nombre sino también un sinónimo de idea - fuerza.

Dr. EDUARDO HITSCHMANN.

(Colección "Los Maestros de la Ciencia").

Las obras más importantes de Sigmund Freud son; Instrucción a la psicoanálisis — La psicopatología de la vida cotidiana — Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad — El sueño y su interpretación — El chiste y su relación con lo inconsciente — Totem y Tabou — Psicología de las masas y análisis del yo.

PENSAMIENTOS

●

Cada uno de nosotros nace bueno, mediocre o malvado. Pero, lo mismo que la inteligencia, el sentido moral puede desarrollarse por medio de la educación, la disciplina y la voluntad.

○

El espíritu se confunde con el cuerpo como la forma con el mármol de la estatua. No se podría cambiar la forma sin romper el mármol.

○

Los presidentes de universidades y sus consejeros no comprenden que los espíritus sintéticos son tan indispensables como los espíritus analíticos. Si la superioridad de este tipo intelectual fuese reconocida y se favoreciese su desarrollo, los especialistas dejarían de ser peligrosos. Porque la significación de las partes en la construcción del conjunto podría ser avaluada justamente.

○

El hombre que quiere contemplar la verdad, debe establecer la calma dentro de sí mismo.

○

La inteligencia es casi inútil al que no posee más que ella. El intelectual puro es un ser incompleto, desdichado, porque es incapaz de alcanzar lo que comprende. La capacidad de darse cuenta de las relaciones de las cosas no es fecunda, sino asociada a otras actividades, tales como el sentido moral, el sentido afectivo, la voluntad, el juicio, la imaginación y cierta fuerza orgánica. Sólo puede utilizarse al precio de un esfuerzo.

○

Los grandes sabios son siempre de una honestidad intelectual profunda. Persiguen la realidad por donde aquélla los conduce. No procuran jamás sustituirla con sus propios deseos, ni ocultarla cuando molesta.

Dr. Alexis Carrel.

